



**FRANCISCO FERNÁNDEZ DE BÉTHENCOURT,
UN ESCLARECIDO GENEALOGISTA NOBILIARIO
(1850-1916)**

Por CORIOLANO GUIMERA LÓPEZ

En el pasado año 2000 —cifra fascinante, que se nos presenta nimbada por un mágico atractivo—, a cuyo término confluyeron la extinción de un siglo y la expiración de un milenio, se conmemoró el sesquicentenario del nacimiento de Francisco Fernández de Béthencourt, a quien por una amplia y significativa mayoría de especialistas se considera en nuestro país fundador de la moderna Genealogía científica.

La preocupación por la memoria y el culto a los antepasados es tan antigua como la propia sociedad humana. A lo largo de los tiempos y desde el origen, confuso en muchos casos, de los núcleos familiares, se fue edificando el complejo mundo de las filiaciones. Y al conjuro de la idea religiosa que subyacía en la perspectiva genética de la Historia, nació la Genealogía como una hermosa tradición para explicar el nombre de familia como la más alta expresión de los valores contenidos en el deseo ancestral del individuo; para quien, como ha escrito Ernesto Hello, *«el nombre es el honor; y, ascendiendo un poco, el nombre es la gloria, es el honor coronado, el es honor vestido de púrpura»*. O, en las certeras palabras de Gustavo Le Bon, *«Del alma de los muertos está formada el alma de los vi-*



COROLANO GUIMERÁ LÓPEZ

vos; los que desaparecieron reposan, no en los cementerios, sino en nosotros mismos».

Señala mi maestro, el profesor doctor José Peraza de Ayala, que *«el estudio de la Genealogía Nobiliaria nos da a conocer la medida en que los miembros de una familia fueron útiles a la sociedad, y, por ello, acreedores a una general gratitud y respeto»*; en cuanto que en el orden moral y espiritual, encarnaron *«la excelsa sustancia del concepto de hidalgo»*.

Cuando, en el último tercio del siglo XIX, iniciaba Fernández de Béthencourt su magna empresa sobre Genealogía Nobiliaria, tenía clara conciencia de que los ideales y principios de la Revolución Francesa, profusamente divulgados y calurosamente defendidos desde finales de la centuria precedente —igualdad de las personas ante la Ley; cesación de los privilegios de clase; abrogación de las jurisdicciones señoriales y de los patrimonios vinculados, etc.—, habían adquirido tan sólido arraigo en buena parte de la sociedad española que auguraba casi nulas posibilidades a la difusión de una materia científica cuyo contenido parecía limitado a su tratamiento como simple curiosidad histórica.

Había nacido Fernández de Béthencourt el 27 de julio de 1850, en Arrecife, primero puerto y después villa-capital de la inconmensurable y mítica isla canaria de Lanzarote, en el seno de una familia de la clase media.

Quizá el hecho de ostentar por su línea materna el apellido Béthencourt —de permanente resonancia en la historia desde cuatrocientos años atrás, en los albores del siglo XV, cuando el caballero normando Jean IV de Béthencourt diera término a la conquista de Lanzarote—, habría de ser decisivo a la hora de orientar su destino hacia el conocimiento del pasado isleño y al estudio de su genealogía, en búsqueda de los clanes familiares, de sus filias y sus fobias, y de sus contactos con el resto de los grupos sociales en una rigurosa relación de casualidad, al objeto de desentrañar los misterios que impulsaron el comportamiento de los ejecutores de la historia.

Como tantos otros jóvenes isleños de su época, nuestro personaje se trasladó a la isla de Gran Canaria, en cuyo Semi-



Francisco Fernández de Béthencourt.

nario —acreditado centro de estudios eclesiásticos y seculares, que dieron brillantez y grandeza a la intelectualidad novecentista canaria— dio comienzo a su formación para el curato, que abandonó pronto. Más tarde, principió los estudios de Derecho en la Universidad de La Laguna, en la isla de Tenerife, que trocó por una intensa actividad periodística, en verso y prosa, caracterizada, según uno de sus biógrafos, «*por su encendida nostalgia de lo antiguo*», que pregonaba y defendía sin restricción alguna, desde las columnas de «*La Lealtad*» periódico monárquico que, fundado en enero de 1874, dirigió nuestro biografiado y que tuvo efímera vida, pues dejó de publicarse tres meses más tarde. Un segundo intento, en 1875, con «*La Lealtad Canaria*», resultó igualmente frustrado. Escribió «*Recuerdos y esperanzas*» (1872), «*La Virgen de Candelaria*», romance tradicional (1873), entre otras relevantes obras poéticas. Y prestó continuada y valiosa colaboración li-



CORIOLANO GUIMERÁ LÓPEZ

teraria en influyentes publicaciones, como la «*Revista de Canarias*», y en centros culturales de Tenerife, como la «*Sociedad Instructiva de La Laguna*».

Fue secretario general de la Real Sociedad Económica tinerfeña; diputado a Cortes (1891) y senador del Reino por Canarias (1903).

En Santa Cruz de Tenerife empezó a dar a la imprenta los resultados de su exhaustiva tarea de investigación genealógica, en el «*Nobiliario y Blasón de Canarias, Diccionario Histórico, Biográfico, Genealógico y Heráldico de la Provincia*», que continuó posteriormente en Madrid, y que, con toda seguridad, es la obra que contiene mayor cantidad de material inédito en relación con su volumen. En el «*Nobiliario*», compuesto por siete volúmenes editados entre 1878 y 1886 —cuya publicación quedó interrumpida en el séptimo—, aportó Fernández de Béthencourt su vasta cultura, su gran inteligencia y prodigiosa memoria, junto a su honradez científica y su sagacidad de historiador; de tal suerte, que, pese a haber leído un incalculable número de documentos, no rompe de modo radical con la fantasía de algunos orígenes familiares consignados en antiguos Nobiliarios e Informaciones de Nobleza.

En su irrepetible actividad, Francisco Fernández de Béthencourt, aplica las exigencias que demanda la investigación genealógica; esto es, *rigor* en el estudio de los datos, con aplicación de criterios científicos y apoyo en las adecuadas fuentes de información; *veracidad* en la búsqueda, tratamiento y desarrollo de las filiaciones, sin dar pábulo a las que no se encuentren debidamente comprobadas; y, por último, *responsabilidad* en la formulación de conclusiones, sabedor de que los datos definitivos tienen singular importancia en la historia de las familias y, por extensión, de las villas y ciudades.

En esta misma línea de investigación histórica, nuestro protagonista dio a la luz «*Anales de la Nobleza Española*» (1880-1890); «*Casa Real y Grandes de España*» (1897-1904); «*Historia Genealógica y Heráldica de la Monarquía Española*» (1908); «*Príncipes y Caballeros*» (1913), etc.



Por los relevantes méritos contraídos, fue galardonado con la Gran Cruz de Isabel la Católica; distinguiéndosele también con la Llave de Gentilhombre de Cámara de Alfonso XIII.

Su mayor gloria fue, empero, la de haber sido el primer hijo de Canarias que formó parte de dos Reales Academias: la de la Historia, a la que accedió el 26 de junio de 1900, leyendo su discurso de ingreso sobre «*La Genealogía y la Heráldica en la Historia*»; y la de la Lengua, en la que ingresó el 10 de mayo de 1914, versando su discurso de ingreso en torno a «*Las Letras y los Grandes*».

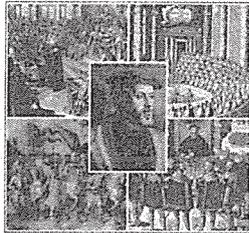
Al poner término a este entrañable recuerdo en homenaje a la egregia figura de Francisco Fernández de Béthencourt, resulta grato consignar que, en su fecunda peripecia vital, conquistó por derecho propio un eminente sitio de honor entre los genealogistas de habla española.

Y al honrar su imperecedera memoria en ocasión del sesquicentenario de su nacimiento, es de justicia valorar en su inmensa magnitud el opulento legado que su «*opera magna*» —su admirable trabajo en la exaltación de la Genealogía Nobiliaria—, constituye para los investigadores de hoy y del futuro.



INSTITUTO DE LA LINGÜÍSTICA Y LA LINGÜÍSTICA
VICENTE DE CADENAS Y VICENT

EL CONCILIO DE TRENTO
EPOCA DEL EMPERADOR CARLOS V



MADRID
Hidalgo
1980